

A painting depicting two pairs of hands and feet submerged in water. The hands are clasped together in the upper left, while the feet are visible in the lower left and right. The water is rendered with soft, painterly brushstrokes in shades of light blue and white, creating a sense of movement and depth. The overall composition is intimate and evocative.

SED

MARIE-CLAIRE BLAIS

Diciembre de 1999, una isla bañada por el sol en algún lugar del Golfo de México. En un lujoso hotel al lado del mar se encuentra Renata, convaleciente de una operación y dividida entre dos mundos: la riqueza y la pobreza extrema, el pasado y el futuro incierto, la belleza del mundo y las tragedias de un siglo que llega a su fin. Durante su estancia, una sed profunda la abrumba: sed de placeres, de libertad, de salud. Mientras, la isla se prepara para celebrar la llegada del nuevo siglo y el nacimiento del hijo de un opulento matrimonio. Durante tres días y tres noches, un deslumbrante coro de personajes coincidirá en este imponente fresco humano atravesado por el sufrimiento y la euforia. Artistas, escritores, activistas, «drag queens», un juez y un joven que pierde la batalla contra el sida; niños inmersos en juegos inocentes, adultos cegados por el odio, refugiados de otras islas... todos comparten sin saberlo un conflicto interior y el ineludible mar que los rodea.

Con una prosa torrencial y evocadora, Marie-Claire Blais captura la esencia de nuestros tiempos en la primera entrega de un ciclo de diez novelas escrito a lo largo de dos décadas, un hito en la obra de una autora nominada al Nobel y considerada una de las voces clave de la literatura francófona.

Mi más sincero agradecimiento al Conseil des Arts de Canadá, que me ha permitido escribir este libro, así como a mis angelicales amigos, que me han apoyado siempre, Claude y Erik Eriksen, Stell Adams, Mary Meigs. Agradezco su acogida y su generosidad en París, en el hotel Saint-André-des-Arts, a Odile, a Henri, al añorado Philippe Le Goubin, así como a Patricia Lamerdin en Key West, a Dorothea Tanning, en Key West, que me hizo redescubrir a Max Ernst en su presentación del libro de Max Ernst *A Little Girl Dreams of Taking the Veil*. También quiero dar las gracias a la desaparecida Gwendolyn MacEwen por su obra admirable, y a Bonnie, que me permitió escribir durante horas en su bar Sloppy Joe's en Key West.

M.-C. B.

*A Pauline Michel, artista y escritora,
incomparable
amiga y lectora de este libro desde su
nacimiento.*

Permitidme que alce mi canción de gloria. Bendita sea la soledad. Dejadme solo. Dejad que me quite y arroje lejos este velo del ser, esta nube que cambia al más leve soplo del aliento, noche y día, y toda la noche, todo el día. Mientras estaba aquí sentado, he cambiado. He visto cómo el cielo cambiaba. He visto cómo las nubes cubrían las estrellas, cómo liberaban las estrellas, cómo volvían a cubrirlas. Ahora ya no observo el cambio de las estrellas. Ahora nadie me ve y he dejado de cambiar. Bendita sea la soledad que ha quitado la presión de los ojos, la invitación del cuerpo, y toda necesidad de mentiras y frases.

VIRGINIA WOOLF, *Las olas*

Habían ido allí para descansar, para relajarse, el uno junto al otro, lejos de todo, la ventana de su cuarto daba al mar Caribe, un mar azul, tranquilo, casi sin cielo en los reflejos del sol poderoso, el juez había tenido que mantener su veredicto de culpabilidad antes de su partida, pero no era esa sentencia justa lo que inquietaba a su mujer, pensaba él, era un joven que no estaba muy familiarizado con los tribunales, ya el asunto ese de delincuentes y proxenetas enviados a la cárcel lo había abrumado, la temible profesión de magistrado, en otro tiempo la de su padre, quizá no fuera mucho tiempo la suya, pensaba él, Renata había dejado los pleitos súbitamente y no le gustaba descansar varios meses, pero no era solo por esa preocupación de una salud repentinamente frágil, amenazada, también estaba eso otro que se interponía entre ellos, en medio de un abrazo o de una discusión, eso, ese acontecimiento que, aparentemente, había sucedido lejos de ellos, de su vida, en una habitación, una celda donde reinarían por mucho tiempo los vapores fríos del infierno, la ejecución de un negro desconocido en una prisión de Texas, la muerte por inyección letal, una muerte velada, discreta porque no hacía ningún ruido, una muerte líquida intravenosa, de una eficacia ejemplar, puesto que el condenado podía infligírsela a sí mismo con los primeros rayos del alba, sabía que ella había pensado en ese hombre, en su cuerpo caliente, o apenas enfriado tras los impactos imperceptibles que lo habían sacudido, del que aún emanaba, unas horas después, un hedor agrio, pestilente, el del miedo, de la estéril angustia que había tenido tiempo de sentir, por un segundo quizá, antes de su espantoso final,

los dos habían pensado toda la noche en el condenado de Texas, habían estado hablando mucho rato de él y luego lo habían olvidado precipitándose el uno en los brazos del otro en un alegre frenesí que ahora les costaba explicarse porque, nada más acabar sus tiernas caricias, habían vuelto a sentir la misma impotencia, ese hombre no tenía que haber muerto, repetía Renata tercamente, ese hombre era seguramente inocente, decía, con una arruga de preocupación que le ensombrecía la frente, esa frente de pensador en una mujer, se decía el juez, mientras miraba a su mujer a los ojos, a ese hombre que revestía el otro sexo, ella no solo era todo lo contrario que él, además era arisca, por qué no la retenía cogiéndola de la mano, iba a escaparse, a salir, ya estaba vistiéndose para ir al casino, el casino, ella que no era frívola, de repente una frivolidad parecía poseerla, y viendo que ya se alejaba de él, con esa arruga severa imprimida en la frente, con ese aire de vigilancia inquieta en la mirada que había dejado de ocuparse de él, sustituido por preocupaciones más elevadas, como la muerte de un condenado en una prisión de Texas, él había pensado que esa frente terca de Renata lo empujaba constantemente a la aspereza de la resistencia, pues ella quería hacer de él un hombre mejor, diferente o mejor, tales eran todas las esperanzas que siempre había puesto en esos jóvenes a los que amaba, que fueran capaces de superarse, como Franz, en la música, pero Franz le había dicho que no puede esperarse de una naturaleza exánime, sensual y perezosa acciones honrosas, y a propósito de esa naturaleza exánime de los hombres, pensaba el juez, acaso Renata no se había dado cuenta de que solo uno de entre todos los jueces había levantado la voz contra la pena de muerte, en Estados Unidos, y nadie le había escuchado, a propósito de esa naturaleza exánime, no hacía tanto que el padre de Claude, un padre, un abuelo, no hacía tanto tiempo, pensaba Claude, que esos mismos jueces aceptaban que en su país se ejecutara en

la horca a mujeres y hombres, y estaba convencido de que, por mucha superación, nunca se conseguía lavar las faltas de los padres, y se preguntaba apesadumbrado si alguna vez llegaría una generación de hombres equitativos, y los pendientes, que no se le olviden los pendientes para ir al casino, así, al recomendar a Renata que no olvidara los pendientes, disimulaba su congoja, ese malestar que sentía de repente frente a sí mismo, en esa habitación, y le parecía que todos los hombres miraban a Renata cuando salían juntos los dos a la calle, o quizá fuera por ese perfume de vida, de muerte, de una convalecencia que flotaba a su alrededor, su mujer le parecía vulnerable, con su amplia frente, sus orejas desnudas, con el lóbulo atravesado por una luz rosa, como la carne de los niños cuando está herida, esas orejas desnudas, había que adornarlas, cubrirlas, con los pendientes, queda más bonito, dijo él, pero por qué vas tan a menudo a ese casino, se fuma mucho, es malsano, luego, al acercarse a la ventana, había sentido el roce de Renata, de su majestuosa cabeza contra su hombro, ella había desaparecido en dirección al ascensor, en el *hall* del hotel ya se había confundido con la muchedumbre, encendiendo deprisa un cigarrillo, después otro, había estado esperando tanto tiempo ese momento, ningún gesto de ternura, ninguna atención habían podido retenerla, pensaba él, esa sed temblorosa era propia de ella, de Renata, y todo parecía oscuro, ingobernable, cuando ella sabía que podía morir, él la había visto tantas veces en esa misma actitud de distracción lejana en la que, inmóvil, sin mirarlo, se animaba de repente para repetir un gesto de autómatas, el de contemplar con avidez el cigarrillo del que expulsaba enseguida el humo, dejando el mechero de reflejos brillantes sobre un mueble, cerca de la cama, y el objeto maléfico los perseguía entonces en los repliegues de su destino secreto, ahora, pensaba él, había que borrar esas siniestras huellas en la habitación, lo que aún quedaba de su conversación de la noche, un pe-

riódico que habían leído juntos, la víspera, el nombre del condenado, su fotografía, y para qué, demasiado tarde, la naturaleza exánime de los hombres, el alma humana está cargada de una eternidad de penas pero no por ello deja de seguir viviendo, en el olvido, el placer, la despreocupación, y él oía ese murmullo de las risas frívolas, en la playa, en las habitaciones, Claude era como esos turistas, se nutría como ellos de agua y crema solar, todos y cada uno estaban vivos, triunfantes, satisfechos de su precaria estancia en la tierra, pero si Renata le huía para apagar su sed, pensaba él, era sin duda porque había sido demasiado severo imponiendo esa sentencia a los delincuentes y a los proxenetas, volvía a ver esa expresión de conmiseración impresa en su rostro, y pensaba en esas cosas turbadoras que habían dicho durante la noche, él había vuelto a prohibirle que fumara en la cama y ella se había rebelado y de repente habían hablado de Dostoievski, en el último segundo, un zar ensoñador había perdonado la vida a Dostoievski, de otra manera habría sido asesinado como su padre antes que él, acaso no era sorprendente, ese soberano corrupto que había salvado a un hombre, pero el pensamiento del último segundo había obsesionado a Dostoievski, y durante mucho tiempo había oído el chasquido de la ráfaga, y Renata caminaba sola hacia el casino, sola, y siempre pesaba, para una mujer, ese sentimiento de libertad, de dignidad, siempre observada, vigilada, con la mirada de los otros constantemente pegada a sus andares, al movimiento de sus caderas, de su cuello, al resplandor de las joyas cuya fragilidad procuraba esconder, ahí, tan cerca de las sienes donde Renata alisaba con sus propios dedos sus finos cabellos plateados, y más arriba, hacia la frente, de ahí descendía la iluminación, el destello de esa pálida verdad que penetraba a veces el alma con incertidumbre, y a él le parecía oír esas palabras de manera muy clara, el destino de una mujer, mi destino es un destino incomprensible e informe, yo no estaba prevista

en los planes de Dios, qué sensación de dolorosa ociosidad la había empujado a decirle a su médico, extirpe ese tumor maligno, lo más penoso era el recuerdo del mechero olvidado en la habitación del hotel, seguramente sus sentidos serían demasiado pobres para saborear ese mundo suyo, ni de Claude ni de Franz, ese mundo, un magnífico jardín, fragmentado, roto, pero el suyo, pensaba Renata, tener treinta años como sus sobrinos, Daniel y Melanie, a los que esperaba volver a ver muy pronto, sus únicos parientes, tener treinta años como ellos, conocer la despreocupada dicha de que se criara ahí su familia, ella iría a visitar un museo mañana, caminaba con paso largo, entusiasmada, no había pensado en la audacia de su gesto, pero era esencial para ella sacudirse el yugo de una libertad prohibida y así poder atraer a su lado a un hombre con traje blanco al que pedía que le encendiera el cigarrillo, el hombre era un negro americano, flaco, que se acercaba a ella que era muy alta, formando con su mano una especie de refugio para la llama, esa llama que ascendía entre sus miradas mientras ella le daba las gracias con voz sencilla, y el hombre había levantado la cabeza, observando con altivez a la que se había atrevido a abordarlo cuando iba acompañado por una mujer, luego la había visto salir corriendo, con ese gesto de pedir fuego, controlando su turbación, Renata había adquirido más espacio en ese territorio donde se debatía su pensamiento, esa era la singularidad de su destino, pensaba ella, atreverse a esos gestos que le daban la certidumbre de que existía libremente, autónoma y rebelde, ese nombre, grabado en su puerta, con letras negras sobre una placa dorada, Renata Nymans, abogada, solo servía para proteger, para defender esa condición femenina constantemente violentada, pero también era un nombre relacionado con su cautividad, cautividad burguesa junto a un marido, o profesional, con los privilegios de su clase social, solo era el principio de su convalecencia y ya renacía de otra manera, pensaba ella,

había notado su aliento sobre la llamita, por encima del cigarrillo, venía de Los Ángeles, la llama los había unido, un instante, en una isla extranjera, Claude nunca formaría parte de esos viejos jueces estancados en la indiferencia y el tedio ante la suerte de los seres humanos, ella le reconocía unas cualidades morales, pero le parecía que era demasiado severo con esos delincuentes, jóvenes traficantes de droga detenidos en pisos míseros, tirados en medio de la basura, antes que nada tendrían que haber sido rehabilitados, deberían haberles prodigado cuidados médicos, las atenciones de Claude se veían exacerbadas por esas constantes disputas, su marido no habría aprobado tampoco esos desafíos tan poco sustanciales con los que animaba su vida durante los días de descanso que le parecían tan largos, la mirada del negro americano que ella había buscado a él le habría desagradado, esa mirada sonriente y fría, ella seguía notando la fuerza atrayente de los ojos oscuros mientras avanzaba, era como cuando vivía con Franz, puede que despertara siempre a su paso el fenómeno de una inexplicable compasión, qué no habría hecho ella para complacer a Franz, entregada a los cuidados de una manicura en París, había visto a la modesta empleada de ese lugar con su zafio calzado de enfermera, su caja de guata en la mano en medio del montón de pelo cortado desparramado por el parqué encerado de negro, ella veía sus uñas pulidas, relucientes en medio de la tenue claridad de una tarde invernal, hojeaba una revista, y de repente sintió vergüenza, por qué asistiría a esa velada de beneficencia con Franz cuando él había dejado de amarla, la manicura introducía la guata húmeda entre sus dedos, Renata veía su cara en el espejo, esa cabeza austera cuyos cabellos había mojado el peluquero antes de peinarlos hacia atrás, ella había pensado, así voy a ser a partir de ahora, eran esa cabeza, ese cráneo los que surgían victoriosos del abismo de la humillación de Franz, de sus infidelidades, pero por qué ese oscuro desahogo que pare-

cía incitar repentinamente en la manicura, acaso Renata le recordaba a una de esas figuras estigmatizadas como las que se ven a menudo entre la muchedumbre, nuestros rostros no nos pertenecen del todo, sino que proceden de los estragos del tiempo que nos ha precedido, de las crueldades de la historia, un rostro cerrado y silencioso se convierte en el de una madre, una tía, una prima desaparecida en circunstancias misteriosas, la cabeza que Renata veía en el espejo estaba privada repentinamente de los adornos que le daban un aire alegre, vaporoso, pues sin los pendientes las orejas parecían menudas, ligeramente pegadas al cráneo rígido, se veía ese punto rosa en los lóbulos delicados que la aguja había atravesado, y en las calles cálidas y ruidosas de una ciudad extranjera, Renata se preguntaba si no era esa cara la que había visto en el espejo la manicura, la que el negro había apercibido, rozado casi y luego barrido con su sonrisa altiva, y el juez recorría el *hall* del hotel, notando el frío contacto del mechero, de la pitillera de oro en la que Renata guardaba los cigarrillos, se había refrescado de sus discusiones jugando al tenis, había nadado en la piscina, habían necesitado, pensaba él, ese penoso incidente en sus vidas, la operación quirúrgica de Renata en Nueva York, para que se tomara un tiempo para descansar junto a su mujer, se había paseado mucho rato desnudo por la habitación, todas esas horas en un despacho, consumidas por unos dosieres, trabajando los dos hasta muy tarde por la noche, había pensado mientras se ponía la camisa, qué disfraz esa toga de los jueces, sentirse investido del poder de la ley y reinar por la fuerza, por el terror como hizo mi padre, o acaso no le reprochaba Renata que hubiera conservado a los sirvientes de su padre, un cocinero, un chófer, exconvictos de los que Claude no conseguía separarse, y a los que alojaba en una especie de cabaña cerca de su residencia, qué pena no sentir por más tiempo la caricia del sol en su espalda, sus caderas, mientras estaba de pie en la ventana, ale-

grándose de su inalterable vitalidad, siempre sucedía eso cuando por fin uno aceptaba relajarse, se recuperaba la inalterable vitalidad de la juventud, saldría sin esperar a Renata, seguramente se sentiría molesto al caminar de repente a su lado sin que ella girara la cabeza hacia él, porque cuando ella huía así a paso rápido dejaba de verlo, irresistible para ella ese chasquido seco de la pitillera de oro que abría orgullosa, temiendo tropezarse con su marido por la calle, Renata cedía sola y aislada a sus ritos, saboreando prolongadamente un cigarrillo tras otro, exhalaba el humo, a la vez que se apoyaba en una tapia, porque seguramente llevaba ya mucho tiempo andando, aunque no supiera exactamente adónde iba, ni siquiera tenía el menor sentido de la orientación, así había recorrido muchas ciudades europeas enteras, y qué escribía en esos cuadernos que no le dejaba ver, cómo conciliar el amor y la errancia, y acaso el arte de la magistratura le parecía a Renata de una hostil inhumanidad, los hombres, pensaba el juez, condenaban sin duda más allá de sus fuerzas, se volvían satánicamente débiles cuando se les confiaba un poder, una tarea monstruosa, sí, más allá de sus fuerzas, él caminaba sumido en el aire cálido, húmedo de la calle, no diría nada cuando viera a Renata con otro cigarrillo más entre los labios antes de devolvérselos, entonces manosearía durante mucho tiempo entre los dedos la pitillera de oro, el encendedor, dudando si ir a reunirse con ella o no. Y a lo largo del océano, unos edificios militares alineados en la periferia de la playa, los hijos del pastor Jeremy jugaban, perseguían a los gallos que se desgañitaban durante todo el día en el césped reseco, delante de la casa pintada del mismo verde oscuro, un poco siniestro, que el de los edificios militares, es una casa de verdad, pensaba el pastor Jeremy, aunque en realidad se pareciera demasiado a una choza aplanada por el sol blanco que le caía encima, dentro se oía el ruido de las olas del Atlántico, muy cerca, era la hora de reunir a los niños para la oración,

el pastor Jeremy habló con esa voz fuerte suya, atronadora, venid a prepararos para ir a la iglesia, y qué hacíais en casa de los vecinos, otra vez robando fruta, el profesor iba a llegar de un momento a otro, los amigos estaban ya en el aeropuerto esperándolo, qué diría el profesor al ver a esos ladronzuelos en los árboles de su jardín, eh, qué diría, subiéndose por mis limoneros, mis naranjos, es cierto que hace tiempo que no había nadie que estuviera ahí para recoger la fruta, el profesor era un hombre extraño, pero nunca se sabe cómo viven esos Blancos, y esos gallos parlanchines que no paraban de cantar, el pastor Jeremy diría a todos esos niños que releyeran el Evangelio según san Mateo, el Señor es mi pastor, acaso Él os ha abandonado alguna vez, y no sois más que unos granujas que robáis en los árboles y ellos contestarían al unísono, el Señor es mi pastor, amén, amén, las niñas estarían delante con sus vestidos blancos almidonados, sus pesados cabellos trenzados, rizados, retenidos por lazos, apenas concluida la celebración del oficio divino el pastor los vería salir disparados por todas partes levantando polvo, pero mientras, que se queden quietos, el pastor tendría enseguida ante la vista esa fila de cabezas ensortijadas agitadas por tics, movimientos maliciosos, sí, el revuelo de todas esas cabezas durante sus sermones, eso cuando al gran gallo rojo no se le ocurría entrar también al templo, que vengan todos, piando y riendo en medio de una nube de plumas, bienvenidos todos, les diría el pastor, venid, esta es la iglesia de los elegidos y de los profetas, como todos los domingos a mediodía disfrutaremos de nuestro festín de carnes asadas en calles y patios del barrio de la calle Esmeralda, qué dirán vuestras madres si os mancháis los vestidos de barro, y ellos no escuchaban y los gallos y las gallinas revoloteaban por todas partes, un cachete en la mejilla, así os castigarán vuestras madres, y os sentiréis conmocionadas y se os oirá lloriquear en la iglesia, y poco a poco el rebaño del pastor Jeremy iba reuniéndose, con su ropa de

domingo, y él pensaba, no, que no aterrice el avión ahora, sería maravilloso descender hasta el fondo de esta agua cristalina ya, sin esperar, transformarse en ese rocío de la mañana sobre la hierba fresca, junto a las playas, ondear en ese aire, esa agua, estar ya disuelto en las nubes, se acabó la lucha contra la materia que solo puede venceros empezando desde el principio, por la degeneración de vuestras células, y acaso no era conmovedor ver todos esos cráteres azules surgiendo de debajo de las olas, esos islotes de vegetación submarina que nunca había visto hasta ese día, pero rodeado por el océano, el avión del profesor se posaría demasiado deprisa sobre la tierra, todas las casas de la calle Bahama temblarían, el pastor Jeremy veía en el cielo azul el avión del profesor descendiendo lentamente hacia la pista, el profesor llegaría enseguida a su casa, hacía tanto tiempo que su jardín estaba abandonado, que su gato estaba solo, espantando a todas las aves libres del entorno, repetid conmigo, el Señor es nuestro pastor, decía el pastor con su potente voz, guiando a su familia hacia el templo, bajo el sol que empalidecía la piel del tío Cornelius y de sus músicos mientras caminaban, en cortejo, desgarrados embutidos en su indumentaria almidonada de los domingos, a la vez que bailaban, saltaban, a lo largo del cementerio hasta la iglesia, dirigiendo de vez en cuando sus ojos entornados hacia el cielo, y esa burbuja de champán, o de aire venturoso en el que Jacques había sido encerrado, durante el vuelo, estallaba de repente, se destilaba, el avión aterrizaba, dando brincos en el aire, saltos bruscos, y a partir de entonces Jacques ya no estaría solo con los sobresaltos de sus carnes nerviosas, impacientes y magulladas, pensó, Luc y Paul y una mujer que ya estaba al volante de su coche cuando él llegó se habían hecho cargo de su persona, qué triste misión les había sido encomendada a todos, pensó Jacques, esa tarea de la agonía donde de repente resultaría más fácil morir, porque todo se desarrollaba ya